

CELCIT. Dramática Latinoamericana 267

A PASO LENTO

Gracia Morales

Personajes: 4

Actor joven / Foto Pedro / Mario / Rafa / Luis

Actriz mayor / Carmen

Actriz joven / Mujer / Foto Carmen / Carmen joven / Inés / Miriam

Actor mayor / Pedro

Aclaración previa:

El texto A paso lento propone combinar en escena dos lenguajes audiovisuales:

- por un lado, lo que sería tradicionalmente teatral (un grupo de actores dan cuerpo, voz, emociones, etc... a un número determinado de personajes con un determinado aparato escénico). Aquí, nuestra sugerencia es que nunca se esconda la artificialidad de este ámbito artístico: es decir, que los actores, por ejemplo, se cambien de ropa (si es necesario) ante el público, que los elementos escenográficos se hagan entrar o salir (se aconseja que se limiten a lo imprescindible) sin necesidad de ser camuflados, etc.... Podríamos decir que proponemos una puesta en escena en la que lo teatral / artificial quede a la vista.

- por otro, preveemos la utilización de una serie de imágenes, que se proyectarán durante el espectáculo, casi siempre entre escena y escena. A estos momentos los hemos denominado "secuencia de imágenes" y en el texto presentamos una especie de temática amplia sobre la que debería tratar cada

una de dichas secuencias y una descripción de las posibles imágenes que se incluirían.

Nuestra intención al unir estas dos formas de expresión es que las escenas teatrales se centren sobre una pareja de ancianos concreta, Carmen y Pedro, mientras que las proyecciones nos abren la perspectiva hacia las vivencias, los pensamientos y las circunstancias de otras personas mayores.

PRÓLOGO

Cuando empieza a entrar el público ya están en escena los actores en el escenario. Se apagan la luces de la sala y cada uno de los actores dice su monólogo.

ACTOR JOVEN. El día 20 de septiembre del 2005, mi abuelo cumplió cien años. Le hicieron una fiesta en el pueblo, en Fuenterrebollo, ¿lo conocen?, en la provincia de Segovia. El alcalde vino a darle una placa que le nombraba abuelo predilecto del pueblo... Estaba tan nervioso. Temblaba de la emoción... Cien años, cinco hijos, doce nietos, doce bisnietos... Cuando voy a visitar a mi abuelo lo veo tan quieto, tan callado ya... Me pregunto... me pregunto qué tipo de vida seguirá llevando por dentro.

ACTRIZ MAYOR. Una no se hace mayor de un día para otro. Va llegando, pues, mes a mes, año a año. Ni siquiera se piensa al principio. Ley de vida, lo de envejecer digo, ley de vida. Lo único que se necesita para envejecer es tiempo, nada más, lo único que se necesita para envejecer es no morir antes. Ahora, cuando me miro al espejo, no siempre me reconozco. Por dentro soy tantas imágenes distintas... El espejo sólo muestra un rostro, pero la memoria, la memoria...

ACTRIZ JOVEN. Tengo veintiocho años. Soy actriz, lo cual quiere decir que siempre ando de una ciudad para otra, que apenas tengo dinero, que mi casa es pequeña y de alquiler. Mis padres ya han cumplido los sesenta años. Tengo un hermano mayor, que vive fuera, en Londres... A veces pienso qué pasará el día en que uno de ellos, mi padre o mi madre, enferme y necesite cuidados... Qué podré hacer... Ellos se merecen, no sé, lo mejor, que les cuiden con cariño,

que... que los atiendan... pero yo, mi vida, mis circunstancias... ¿Qué les va a pasar a nuestros padres cuando ya no puedan valerse por sí mismos? ¿Qué haremos los hijos entonces?

ACTOR MAYOR. Cuando era niño, recuerdo, cuando yo era niño, iba corriendo a todas partes. Siempre corriendo. Lo más rápido que podía. (Imagen: los pies de un anciano con unas zapatillas de andar por casa; se las quita y se calza con unos zapatos, sale de casa. Esta imagen enlaza sin corte con las de la secuencia de imágenes I.) Mi madre me mandaba a la tienda a por algo, y yo iba y volvía volando por las calles, la gente me miraba pasar preguntándose, dónde va ese niño tan rápido... Lo que más me gustaba era llegar a casa y que mi madre me dijera, ¡ya estás aquí!, pero ¡qué poco has tardado! Luego dejé de correr. No porque no pudiera, sino porque ya no estaba bien visto. Pero ahora, a veces, me acuerdo del niño que he sido. Y entonces corro, todo lo rápido que puedo, todo lo que dan mis piernas, y aunque desde fuera todos me vean ir a paso lento, en realidad vuelvo a moverme como hacía de niño: a toda velocidad, a toda mi velocidad.

Secuencia de imágenes I

(2-3 minutos)

Desde los zapatos que caminan por la calle, vamos pasando hacia la imagen de una ciudad bulliciosa, donde todo el mundo va rápido: coches, personas...

Después vemos al ACTOR MAYOR que quiere cruzar una calle ancha y concurrida: necesita ir rápido, lo vemos ligeramente perdido, trata de cruzar un semáforo, el conductor de un coche frena para no atropellarlo, le pita.

EN EL PARQUE I

(año 1998)

La secuencia de imágenes acaba con una en la que vemos un parque en el cual la cámara entra lentamente. En escena, un banco. Un anciano entra y se dirige hacia él. Lleva ropa elegante y un pequeño ramo de flores.

La idea es que en la imagen proyectada veamos lo que el personaje mira mientras avanza: el banco, niños jugando, alguna paloma... Esa imagen está

borrosa, amarillenta, llena de extrañas luces; eso nos indica que el anciano tiene problemas de visión.

Se acerca al banco lentamente, se sienta y se queda allí, se mira un momento los pies y luego levanta la cabeza y mira al frente, hacia arriba.

En la imagen proyectada vemos que está mirando hacia un bloque de pisos que hay enfrente del parque, hacia un piso en concreto; esa visión permanecerá hasta que se indique. Mientras mira hacia allí, en el cuadro de la imagen entra una mujer joven (ACTRIZ JOVEN) en la que el anciano no se fija. La mujer se percata de la presencia de él, se queda un momento mirándolo desde lejos. Se aparta de su campo de visión.

La mujer aparece en la escena sacando un teléfono móvil, cuidando de que el anciano no la vea ni la escuche. Marca.

MUJER. ¿Inés? Sí, creo que le he encontrado. No, no estoy segura... Sí. En el parque..., no sé cómo se llama..., el parque de la fuente... Sí, ese. Parece que está bien. De acuerdo, sí, sí, aquí os espero. No tardéis.

Después de colgar se acerca al banco. Se sienta al lado del anciano. Él no parece darse cuenta de que ella está ahí. Sigue mirando hacia el bloque de pisos.

Permanecen un momento callados.

MUJER. (Como si hablara con ella misma.) ¡Qué tranquilidad! Se está bien aquí, ¿verdad? (El anciano sigue abstraído.) Creo que nunca había entrado en este parque... ¿Sabe usted cómo se llama? (El anciano no contesta.) Oiga... ¿Oiga?... ¿está usted bien? (Silencio. Ella le toca el hombro.) ¿Oiga?

ANCIANO. (Él reacciona. Desaparece la imagen.) ¿Sí?

MUJER. ¿Está usted bien?

ANCIANO. Sí, claro. ¿Y usted?

MUJER. Bien, sí, bien... Le preguntaba si sabe usted cómo se llama este parque.

ANCIANO. El parque de Santa Catalina...

MUJER. De Santa Catalina... Un bonito nombre, ¿no le parece?

ANCIANO. No está mal.

Silencio.

MUJER. ¿Es usted de aquí?

ANCIANO. Sí.

MUJER. Claro... Por eso sabe... (Pausa. La mujer saca un paquete de tabaco.) ¿Le molesta si fumo?

ANCIANO. No, no me importa. (Pausa. La mujer enciende su cigarro.) ¿Es negro o rubio?

MUJER. Rubio.

ANCIANO. ¿Me da uno?

MUJER. ¿Un cigarro?

ANCIANO. Si tiene bastantes...

MUJER. Sí, claro... (Se lo da.)

ANCIANO. No suelo fumar, ya sabe... Pero uno..., de vez en cuando...

La MUJER le da fuego al anciano. Luego enciende su cigarro. Breve silencio.

MUJER. ¿Y vive usted por aquí?

ANCIANO. Vivía. Antes...

MUJER. ¿Y ahora?

ANCIANO. Ahora ya no. (Apaga el cigarro y se mete en el bolsillo lo que le queda.) Esta parte me la guardo, para después.

MUJER. ¿Y por dónde se ha mudado?

ANCIANO. Oiga... ¿Nosotros nos conocemos?

MUJER. Pues no sé... ¿Cómo se llama usted?

ANCIANO. Da igual. Bueno, señorita, lo siento pero... se me está haciendo tarde. (Hace el amago de levantarse.)

MUJER. Yo soy Alicia. ¿Y usted?

ANCIANO. Yo me llamo Benito.

MUJER. Benito. Encantada. (Ella le alargó la mano, él parece no darse cuenta.)

ANCIANO. Bueno, pues... (Poniéndose de pie.)

MUJER. (Ella se levanta también.). ¿Sabe?, ahora que lo pienso, creo que sí, que

sí que le conozco... ¿Usted no es el padre de Inés?

ANCIANO. No.

MUJER. ¿Su hija no se llama Inés?

ANCIANO. ¿Inés? No.

MUJER. Y usted es... don Pedro, ¿verdad?

ANCIANO. Me confunde con otra persona, señorita.

MUJER. Su hija trabajaba conmigo...

ANCIANO. Ya le he dicho que me llamo Benito.

MUJER. En el supermercado, ¿recuerda? Antes de que...

ANCIANO. Benito Martínez Salmerón.

MUJER. Alguna vez nos hemos visto allí, usted y yo, en el supermercado...

ANCIANO. Disculpe, pero...

MUJER. No, quédese, por favor. Quédese. Yo... me he debido confundir... No soy buena fisonomista, ¿sabe? ... ¿Cómo me ha dicho que se llamaba usted?

ANCIANO. Benito.

MUJER. Eso... Don Benito... Me pasa a veces, que me creo que una persona es quien no es... Fíjese qué lío, ¿no? Discúlpeme.

ANCIANO. Está bien.

El anciano vuelve a sentarse, la mujer también. Silencio incómodo. La mujer le echa una ojeada al reloj, y mira de un lado para otro, con cierta impaciencia.

ANCIANO. Oiga... ¿Le importaría dejarme solo?

MUJER. ¿Cómo?

ANCIANO. Irse a otro banco.

MUJER. Lo siento, no sabía que le molestaba.

ANCIANO. Me gustaría estar solo.

MUJER. Pues... No sé, la verdad... Yo... Le podría pasar algo...

ANCIANO. ¿Cómo?

MUJER. Podrían intentar robarle o ...

ANCIANO. ¿Robarme a mí? Como no me quiten las flores...

MUJER. Me sentiría responsable... Si le hacen daño...

ANCIANO. ¿Nunca le han dicho que más sabe el diablo por viejo que por diablo?

MUJER. Sí, pero...

ANCIANO. No entiendo por qué todo el mundo tiene miedo a dejar a los mayores solos...

MUJER. Pues...

ANCIANO. Siempre lo mismo: que el abuelo quiere salir, pues alguien tiene que acompañarle, su hija o uno de los nietos, llevándolo cogidito del brazo, como si fuera un inválido...

MUJER. Pero eso lo hacen por su bien.

ANCIANO. Mire, señorita, aunque uno tenga setenta y ocho años, puede seguir haciendo cosas sin que los demás...

MUJER. (Decidiéndose.) Su familia está preocupada, don Pedro, su hija... no se merece que...

ANCIANO. ¡Ya le he dicho que yo me llamo Benito, joder! Y deje de poner el don por aquí y por allí, que no soy tan viejo... A ver, ¿qué pasa con ese Pedro con el que usted me confunde?

MUJER. Pues... que salió de casa esta mañana a eso de las ocho, y todavía no ha vuelto...

ANCIANO. ¿Y?

MUJER. Se escapó cuando todos dormían...

ANCIANO. Escaparse... Qué palabra más fea, ¿no cree? Ni que estuviera preso...

MUJER. Su familia lo anda buscando. Están muy preocupados... Han ido a los hospitales y...

ANCIANO. ¡Menuda exageración! ¿Sólo porque el abuelo se ha ido a dar un paseo?

MUJER. Es que don Pedro... desde hace un tiempo... Don Pedro tiene un problema en la vista.

ANCIANO. ¿Y?

MUJER. Pues que ha podido caerse o lo ha podido atropellar un coche...

ANCIANO. Pero, bueno, que no vea muy bien no quiere decir que sea idiota. Y sobre todo si conoce bien la ciudad.

MUJER. Ya, pero... Si le ocurre algo...

ANCIANO. Si le ocurre algo, si le ocurre algo... A lo mejor ese don Pedro, ese que se ha "escapado" de su casa, pues a lo mejor lo ha hecho por una buena razón, ¿sabe usted? A lo mejor, digo, a lo mejor, ha salido así, sin ser visto, porque necesitaba intimidad. Los ancianos también vivimos cosas importantes.

MUJER. Yo sólo decía que...

ANCIANO. A lo mejor tiene una cita o... ¡Simplemente quiere estar solo! En la calle, al aire libre, libre, ¿entiende?, para pensar bien... Sin nadie que le distraiga... ¿No le parece que tiene derecho, eh?

MUJER. (Se queda un momento en silencio.). Mire, don Pedro...

ANCIANO. ¡Y dale con el don!

MUJER. Yo... Lo siento, de verdad... Yo...

ANCIANO. ¿Qué pasa?

MUJER. Tal vez lleve usted razón y... (Se queda callada.)

ANCIANO. Y... ¿qué?

MUJER. (Dudando.) Pues que yo... Su hija, ... me la encontré esta mañana y estaba tan angustiada... Me dijo que le estaban buscando y yo ahora, cuando le he visto...

ANCIANO. ¿Cuando me ha visto...?

MUJER. (Tras una pausa.) La he llamado... Antes de acercarme a usted y le he dicho...

ANCIANO. ¡Joder! ¿Quién le ha dado derecho para...? (Comienza a levantarse con dificultad.)

MUJER. Lo siento... Yo... (La mujer intenta ayudarle.)

ANCIANO. ¡Déjeme! Puedo yo solo.

MUJER. Entienda que su hija...

ANCIANO. (Ya se ha levantado.) Como si fuera un inválido... ¡Como si fuera un inválido!

MUJER. No se ponga usted así... (El anciano se aleja, dando por terminada la conversación.) Don Pedro, ¿qué le digo a Inés?

El anciano sigue caminando, sin volverse, lentamente. La luz cambia poco a poco.

UNA OCASIÓN ESPECIAL

(año 1995)

Secuencia de imágenes II

(1-2 minutos)

El salón de la casa modesta de unas personas mayores, luz oscura, como mar profundo. Muchos detalles: cortinas gastadas y amarillas de humo, tapetitos sobre las mesas, alguna imagen religiosa, una tele apagada, un bastón, mantas en los sofás, una mancha grande en un sillón. Y fotos, muchas fotos. La última, una de boda grande, antigua. Son Pedro y Carmen, de jóvenes.

Cuando se da la luz sobre la escena tenemos a CARMEN, subiendo sobre una pequeña escalera. PEDRO, que se había quedado en el centro del escenario, la ve.

Deja las flores en el suelo y se dirige a ella.

Estamos en un momento tres años antes de la escena anterior. Ella está colocando en una estantería alta la vajilla recién lavada que PEDRO le irá dando durante la escena.

Además de esta pareja, están también en escena ellos mismos de jóvenes, con el traje de la boda, iguales que en la foto que habíamos visto. Esta presencia no resulta fantasmal o amenazante, simplemente están allí viendo (sin ser vistos) los que han llegado a ser después de cincuenta años de casados.

CARMEN. Primero eso.

PEDRO. ¿El qué?

CARMEN. (Señalando donde están el montón de platos.) Eso.

PEDRO. "Eso", "eso". ¿Cómo quieres que te entienda si sólo dices "eso"?

CARMEN. La bandeja..., la bandeja grande.

PEDRO. Vale, así sí, la bandeja grande, así sí, aquí la tienes. (Se la da.) No me

gusta que estés ahí subida.

CARMEN. Ya lo sé. Pero hay que guardar...

PEDRO. Esa es la cosa. ¿Por qué hay que guardarlo precisamente ahí arriba?

CARMEN. ¡Ay!, Pedro, no me protestes más...

PEDRO. Deberías dejarme a mí.

CARMEN. ¡Anda!, así que tú sí puedes y yo no. Además, que tú eres un desastre y no sabes cómo hay que poner cada cosa.

PEDRO. Nada... Todo hay que hacerlo a tu manera...

CARMEN. Los platos, anda, los grandes. Dámelos de dos en dos. (Él se los va alargando.)

FOTO PEDRO. Siempre discutiendo.

FOTO CARMEN. Siempre.

FOTO PEDRO. Cabezota.

PEDRO (Casi a la vez. En voz baja, pero para que ella lo oiga.): Cabezota.

FOTO CARMEN. Protestón.

CARMEN. (Idem.) Protestón.

PEDRO. Ten cuidado que pesan.

CARMEN. Ya.

PEDRO. ¿Y no podríamos guardarlo en una de estas estanterías? (Señalando las de abajo.)

CARMEN. Están todas ocupadas.

PEDRO. Pues se desocupan.

CARMEN. Pero si es sólo un momento. Además, la utilizamos tan pocas veces...

PEDRO. Pues el próximo día que vengan a comer ponemos la vajilla normal, la que usamos nosotros todos los...

CARMEN. Era una ocasión especial, hombre... Anda, alárgame los platos hondos. (Él lo hace.)

FOTO CARMEN. Nos la regalaron ese día, ¿te acuerdas?

FOTO PEDRO. ¿Ese día?

FOTO CARMEN. Sí. Mi madre, nos regaló la vajilla el día en que nos casamos.

FOTO PEDRO. Y la sacábamos para las ocasiones especiales...

FOTO CARMEN. Como hoy.

FOTO PEDRO. Bodas de oro... ¡Quién lo iba a decir!

PEDRO. ¿A ti te gusta el novio de la Laura?

CARMEN. ¿Por qué?

PEDRO. No sé... No ha hablado nada durante toda la comida.

CARMEN. ¿Y eso qué tiene de malo?

PEDRO. No sé... Es que el que anda en silencio, cazar espera.

CARMEN. Sí, pero en boca cerrada no entran moscas.

PEDRO. Bueno, aunque cortesía y bien hablar cien puertas abrirán.

CARMEN. Y hombre hablador, poco cumplidor.

PEDRO. Ya, pero cuando menos se piensa, salta la liebre y más vale prevenir que curar.

CARMEN. No te olvides de que con la vara que midas, serás medido.

PEDRO. Mira, Carmen, piensa mal y acertarás, que el mundo es un mercado y o serás ladrón o serás robado... (Se distrae y está a punto de que se le caiga uno de los platos.)

CARMEN. ¡Pedro!

PEDRO. ¡Que sí, que sí! No ha pasado nada...

CARMEN. Como se te rompa algo...

PEDRO. (Bromeando.) ¿Qué me vas a hacer?

CARMEN. (Ídem.) Dejarte sin cenar.

PEDRO. Uff, con lo que hemos comido a mediodía eso no es un castigo... Has cocinado para cuarenta personas y sólo éramos quince.

CARMEN. Dieciséis si contamos a Pedrito.

PEDRO. Sí, pero él todavía no come...

CARMEN. Hacía tanto tiempo que no conseguíamos reunirlos a todos... Ahora los platos pequeños. Esos de ahí...

FOTO PEDRO. Inés con Pablo...

A la vez que van diciendo los nombres, se van iluminando en escena, fugazmente, distintas fotos de familia: de una boda, de un bautizo, de un día en el campo, de una comida en la casa...

FOTO CARMEN. Juan con Ana...

CARMEN. A Juan llevábamos sin verlo, ¿cuánto? ¿tres meses?

FOTO CARMEN. Sonia con Rafa...

PEDRO. No llevo la cuenta.

CARMEN. Sólo vienen cuando no les queda más remedio. Y eso es de higos a brevas...

PEDRO. Venga, mujer, no empieces...

FOTO PEDRO. Y todos los nietos, Mario, Laura, Carmen...

CARMEN. ¡De higos a brevas!

FOTO CARMEN. ...Luisa, Pedrito,

FOTO PEDRO. y sus respectivos acompañantes...

PEDRO. (Picarón.) Pues yo ya tenía ganas de que se fueran... Lo tenemos que celebrar a solas... (Le pellizca el muslo.)

CARMEN. (Riéndose.) Pedro, que me caigo.

PEDRO. (Siempre bromeando.) ¡Ay!, con lo mujeriego que era yo...

CARMEN. (Idem.) Y lo sigues siendo, ¿o es que te crees que me chupo el dedo?

PEDRO. ¿Quién nos iba a decir a nosotros que...?

CARMEN. ¿Todavía te acuerdas?

PEDRO. Todavía.

CARMEN. El vestido era prestado... De mi prima Elo...

FOTO CARMEN. Me pasé toda la celebración con miedo de que le cayera una mancha o... o de que alguien con un cigarro...

PEDRO. Mira que éramos jóvenes... Con una mano delante y otra detrás, así íbamos.

FOTO PEDRO. Una mano delante y otra...

PEDRO. Hoy ya nadie se casa así.

CARMEN. Cincuenta años...

FOTO CARMEN. Cincuenta años son muchos días.

PEDRO. Parece mentira... Anda, vamos a terminar que quiero ver el telediario.

CARMEN. Sólo faltan las tazas.

PEDRO. ¿Esas también van ahí?

CARMEN. Sí.

PEDRO. (Se las va alargando.) ¡Qué manía tienes con guardar! ¿Cuántas veces hemos utilizado estas tazas?

CARMEN. Son para las ocasiones...

PEDRO. (Adelantándose.) especiales, sí ya... ¡Qué manía! Como si fueran a gastarse si las utilizamos...

CARMEN. Se pueden romper...

PEDRO. ¿Cuántos manteles tienes que ni siquiera has estrenado?

CARMEN. ¿No querías ver el telediario? ¡Pues vamos a terminar de una vez!

PEDRO. Cabezota.

CARMEN. Protestón.

FOTO PEDRO. Qué bien estamos así.

FOTO CARMEN. Sí.

FOTO PEDRO. Dormir abrazados,

FOTO CARMEN. hacer la cama juntos,

FOTO PEDRO. tú en un lado y yo...,

FOTO CARMEN. pasear por las tardes

FOTO PEDRO. tan cogidos del brazo.

CARMEN. Bueno, ya está. Anda, ayúdame. (Él le da la mano. Ella baja despacio.)

FOTO CARMEN. Yo me iré antes.

FOTO PEDRO. ¿Qué?

CARMEN. Pedro... (Está a punto de caerse.)

PEDRO. (Sujetándola.) ¿Estás bien?

CARMEN. Me he mareado un poco.

PEDRO. Siéntate.

FOTO CARMEN. Ya empiezo a estar enferma, aunque no se haya dado cuenta todavía.

FOTO PEDRO. Pero si tú... Eres menor que yo... Y nunca has fumado, ni... No...

No es justo... Tengo que ser yo el que...

FOTO CARMEN. Esas cosas no son matemáticas.

PEDRO. ¿Quieres agua o..?

CARMEN. No. No. Estoy bien, ha sido al bajar que...

FOTO PEDRO. ¿Cuándo?

FOTO CARMEN. Dentro de un año y...y ocho meses...

FOTO PEDRO. Sólo un año y... Pero... ¿Cómo podré yo...?

PEDRO. Mira que te lo he dicho, lo de estar ahí subida...

CARMEN. Ya se me está pasando. No te preocupes.

FOTO PEDRO. Sin ti, ¿cómo podré...?

FOTO CARMEN. Podrás.

CARMEN Y PEDRO quedan estáticos un momento. FOTO CARMEN y FOTO PEDRO salen de escena. A la vez, empieza a sonar bajito ruido como de una fiesta.

Secuencia de imágenes III

(2-3 minutos)

El sonido sube: estamos en una celebración. En la proyección vemos entrar a la familia de PEDRO y CARMEN y colocarse para una fotografía, como si el encuadre de la imagen fuera el de la cámara fotográfica. Hay bromas, cambios de colocación, hasta que todos se quedan quietos. En medio de ellos hay un hueco que CARMEN y PEDRO, desde la escena, pasan a ocupar, encajando los dos actores en medio de la imagen: es decir, se insertan en ese gran retrato familiar. Después de ese momento de estatismo, todos se dispersan. La imagen se diluye, así como el sonido de la fiesta.

El sonido de la fiesta va dejando paso a una música. PEDRO y CARMEN, en escena, bailan esa canción.

LAS CARTAS

(año 1996)

Bailan todo el tema hasta que se acaba. Entonces, suena la voz de un locutor de radio o televisión. PEDRO enciende la tele y se marcha de escena; CARMEN se sienta en una butaca. Se la ve más enferma que en la escena anterior. Al momento entra el ACTOR JOVEN: ahora es MARIO, el nieto mayor de CARMEN y PEDRO. Viene con un vaso de agua.

MARIO. Aquí tienes abuela.

CARMEN. Gracias.

MARIO. ¿Tienes preparada la lista?

CARMEN. ¿La lista?

MARIO. Sí... La lista... Mi madre me había dicho... ¿No querías que fuera a hacerte la compra?

CARMEN. A eso, sí... Bueno, fue una excusa.

MARIO. ¿Qué?

CARMEN. Quería que vinieras a esta hora que tu abuelo no está y le dije a tu madre que...

MARIO. ¿Pasa algo?

CARMEN. No, nada... No te preocupes. ¿Quieres comer algo?

MARIO. No, gracias, abuela.

CARMEN. Anda, coge un dulcecillo. Hay una bandeja encima de la tele.

MARIO. No, en serio, acabo de desayunar.

CARMEN. (Se levanta con dificultad.) Tengo unos mantecados muy ricos. (Va la tele donde hay una bandeja con mantecados y otras cosas navideñas. Apaga el aparato.)

MARIO. Pero, abuela, si te he dicho...

CARMEN. Venga, niño, que me van a caducar y en esta casa no hay quien se los coma. Ni tu abuelo ni yo podemos, por el azúcar, ya sabes... Y vosotros, que nunca tenéis ganas cuando venís...

MARIO. Vale, me comeré uno de estos.

Permanecen un momento en silencio, mientras MARIO mastica un polvorón.

CARMEN. (Mientras lo ve comer y se vuelve a sentar.) Tengo algo para ti. Sólo para ti. Y no quería que nadie supiera que... (Saca del bolsillo del delantal un paquetito de cartas.) Esto es para que lo guardes tú.

MARIO. ¿Qué es?

CARMEN. Cartas.

MARIO. ¿Tuyas?

CARMEN. Dirigidas a mí.

MARIO. ¿De quién?

CARMEN. Uy, qué rápido preguntas, niño. Mira, Mario... Nadie sabe que las tengo. Nadie. Sólo las he leído yo... Y ahora... Yo no sé cuánto tiempo voy a durar y...

MARIO. Joder, abuela, no digas esas cosas...

CARMEN. Bueno, bueno... La cartas... Son de Ramón.

MARIO. ¿Ramón?

CARMEN. Sí... Fue mi novio antes de conocer a tu abuelo.

MARIO. ¡Hostia!

CARMEN. Niño...

MARIO. ¿Antes de conocer al abuelo tuviste un novio?

CARMEN. Pues sí.

MARIO. ¡Yo flipo contigo, abuela!

CARMEN. Vamos a ver. ¿Tú cuántas novias has tenido ya?

MARIO. Pues yo... ¡Ah, no! Pero no es lo mismo, entonces eran otros tiempos...

CARMEN. ¡Qué sabrás tú de aquellos tiempos! Ramón fue mi novio desde los quince años hasta los dieciocho... Lo mataron en la guerra.

MARIO. ¡Hostia!

CARMEN. ¡Niño!

MARIO. Perdona abuela pero... ¡Es que es la hostia! Y...¿tú estabas enamorada de él?

CARMEN. Sí.

MARIO. ¿Más que del abuelo?

CARMEN. Ay, qué cosas preguntas... No se puede comparar. Tu abuelo... he vivido con él casi cincuenta y dos años... No se puede comparar. Los he querido a los

dos, los quiero todavía... Ya lo entenderás. El corazón es muy ancho, le cabe mucha gente dentro.

MARIO. ¿Y las cartas?

CARMEN. Me las escribía desde el frente. No era un poeta, ni mucho menos, y tenía faltas de ortografía..., pero decía cosas lindas. Y hablaba de la guerra... Del miedo, del dolor, de la rabia... ¿Sabes, Mario? Ya no tengo a nadie que me recuerde esos años. Los de mi infancia y mi primera juventud... Toda la gente de esos años vive lejos o se me ha ido muriendo ya... Es muy raro cuando los recuerdos sólo dependen de uno mismo, porque nunca sabes si te estás equivocando...

MARIO. Bueno, la Guerra Civil, la estudiamos en las clases, ¿sabes?, se han escrito muchos libros...

CARMEN. Los libros... No me fío de ellos. Los libros no pueden contener el dolor, ni el miedo... Están muertos los libros, más muertos que el pobre Ramón... No me fío... Dentro de unos años los libros hablarán de nosotros como hablan de Napoleón Bonaparte o del Conde de Romanones, hablarán como de algo acabado, muerto... Al escribirlo en los libros se podrá olvidar, ya nadie tendrá que seguir recordando... Pero ellas, las cartas, las cartas de Ramón, siguen igual, ¿entiendes? Como si no hubiera pasado el tiempo... Por eso son importantes y por eso te las quiero dejar a ti.

Con cuidado, MARIO deshace el nudo que las ata. Coge una, la saca del sobre. Comienza a leer.

MARIO. "15 de diciembre de 1937. Mi inolvidable Carmen: Te escribo para decirte que ayer por la tarde recibí tu apreciada carta que no puedes saber la alegría que he tenido al leer que estás bien y que fuiste a ver a mis padres. Pero me cuentas muy poco del pueblo. Me gustaría que me hablaras de más cosas en tu próxima carta porque ya comprenderás que cuando uno está así como yo estoy pues quiere saber un poco de cada cosa. Sabrás que aquí llevamos unos días de mucho frío, que ha estado nevando y como andamos por entre barrancos y durmiendo en las cuevas el frío no se pasa nunca; menos mal que dormimos tres

juntos, Manuel, Juan y yo” ,

CARMEN. Manuel y Juan... Ellos se salvaron.

MARIO. “que antes de dormirnos hablamos mucho de vosotras, nuestras estimadas, y nos preguntamos qué estaréis haciendo y si os acordaréis de nosotros tanto como nosotros de vosotras; porque te lo digo de verdad, Carmen, que pensar en ti y en mi familia es lo que me da más fuerzas para seguir. Te mando muchos recuerdos para tus padres, para tus amigas, y para ti un cariño muy fuerte y un abrazo de tu novio que lo es, Ramón.”

MARIO guarda esa carta y toma otra.

MARIO. “9 de mayo de 1939.”

CARMEN. Esta es la última carta que me llegó suya.

MARIO. “Mi buena y querida novia: No esperaba yo tener que escribirte una carta como la que hoy te escribo. No podrás saber cuánto me pesa el daño que tengo que estar haciéndote...”

CARMEN. (De memoria.) “... y por eso no voy a decirte muchas palabras sino las que me salen del corazón. Sobre todo, Carmen, me gustaría irme de este mundo...” (Se calla.)

MARIO. “... pensando que serás capaz de reaccionar ante mi muerte y soportarla con valor. Yo hubiera querido darte más alegrías, y fíjate la pena que te dejo. Lo que más me duele es pensar...”

CARMEN. Para ya... No quiero que lo leas todo ahora...

MARIO. ¿Y nunca se las has dejado a nadie?

CARMEN. No... No sé... Eran... especiales.... Mi secreto mejor guardado.

MARIO. Pero, entonces, ¿por qué me las das a mí?

CARMEN. Porque... eres mi nieto y...

MARIO. Sí, pero... yo... Yo no voy a saber qué hacer con ellas...

CARMEN. Guardarlas...

MARIO. ¿Yo?... si soy un desastre... Siempre lo ando perdiendo todo... Prefiero que las sigas teniendo tú... O ¿por qué no se las das a mi madre? Ella seguro que...

CARMEN. ¿No las quieres?

MARIO. No es eso... Es que... No son más. Y...

CARMEN. Pensaba que te iban a gustar.

MARIO. Ya, pero... Tú lo has dicho... Son especiales. Yo, seguro que las perdería o...

CARMEN. Está bien. (Pausa.) Anda, vete ya que se te hace tarde...

MARIO. Abuela, yo... Lo siento, pero... Son tus recuerdos. Yo...

CARMEN. Sí, sí. Enciéndeme la tele, anda...

MARIO. Sí...

MARIO lo hace. Hay un programa documental.

MARIO. Y... no sé... Lo de las cartas... Lo tengo que pensar.

CARMEN. No te preocupes más por eso... (Se guarda las cartas en el bolsillo del delantal.) Cierra la puerta bien cuando salgas.

MARIO. Sí... Pues..., mañana me pasaré a ver cómo estás. (Le da un beso.)

CARMEN. Vale.

MARIO. Hasta mañana.

CARMEN. Hasta mañana.

MARIO sale. CARMEN sube el sonido de la tele. En ella, varios ancianos contestan a una pregunta de un entrevistador: ¿podría contarnos algún recuerdo de su infancia? CARMEN se queda mirando el aparato. Al momento, las imágenes de la tele pasan a verse también en la proyección del fondo. CARMEN se levanta, despacio, quita la tele, se va. Las imágenes siguen en la proyección.

RECUERDOS

Secuencia de imágenes IV

(2-3 minutos)

Distintas personas mayores, en diferentes circunstancias, responden a esa pregunta, sobre si tienen algún recuerdo especial de su infancia y cuál es.

EL ABUELO

(año 1989)

En la última imagen vemos a PEDRO que también está contando un recuerdo infantil. Está más joven que en las escenas anteriores. Esta imagen y la voz se solapan con la del actor en escena. La imagen desaparece en un momento dado y deja el protagonismo al actor.

PEDRO. (Primero en la imagen.) Cazábamos ranas. En la charca. Hoy no dejarían a ningún niño meterse ahí, por la contaminación y eso. Pero ninguno enfermó nunca, y eso que a veces tragábamos mucha agua... Me acuerdo del olor... Olía a una higuera que estaba justo al lado de la charca. (Vemos al actor en escena. Está contándole el monólogo al actor joven, que ahora es RAFA. Mientras PEDRO le está contando, él va colocando cosas en el escenario: un cambiador de bebé, una bañera portátil llena de agua, una cesta con diferentes utensilios y, finalmente, una muñeca que simula ser un bebé.) Metíamos a las ranas en tarros de cristal, ¿me estás oyendo?

RAFA. Sí, claro... Sigue que te escucho.

PEDRO. En un tarro de cristal, con agua, claro... y les hacíamos agujeritos a la tapa, con un clavo ardiendo, para que pudieran respirar, luego les echábamos miguitas de pan para que pudieran comer... Alguna se nos quedó muerta allí, encerrada en el tarro de cristal... Pero casi siempre las soltábamos cuando nos empezaba a dar miedo de que se murieran. Las devolvíamos a su charca. Y cazábamos otras. A lo mejor hubo alguna que pasó varias temporadas en nuestras casitas de cristal. Seguro que tú nunca has tenido una rana viva en tus manos.

RAFA. Yo también he pasado temporadas en el campo, no te creas.

PEDRO. Pero, ¿has cazado ranas así, metiéndolas en tarros de cristal?

RAFA. No. Eso no.

PEDRO. Pues lo que yo te decía. Que ya no es lo mismo.

RAFA. Bueno, Pedro, ¿estás preparado?

PEDRO. Sí, sí claro. ¿Una muñeca? ¿No vamos a ensayar con Luisa?

RAFA. Está durmiendo... No la vamos a despertar para... No te preocupes: ya verás como esto es muy fácil.

PEDRO. Seguro que sí.

RAFA. Bueno, tampoco te confíes. Tiene su complicación.

PEDRO. ¿Su complicación?

RAFA. Pues sí, es un bebé. Hay que tener cuidado, no se le puede coger de cualquier manera, el cuellito ya sabes...

PEDRO. El cuellito...

RAFA. Sí, el cuellito, no lo tiene todavía bien sujeto y hay que cuidar de que no se le vaya para los lados ni...

PEDRO. Seguro que controlo bien lo del cuellito.

RAFA. Mira, no sé... No estoy seguro de que esto sea buena idea. Tú te lo tomas como un juego y...

PEDRO. No, no, yo sé que esto no es un juego.

RAFA. Mejor nos quedamos en casa y ya está. De todas maneras tu hija no tiene muchas ganas de...

PEDRO. Venga, hombre, un poco de confianza. Voy a ser una niñera genial.

Venga, ¿por dónde empezamos? ¿El biberón?

RAFA. El biberón, vale. (Va mostrando todas los objetos que nombra.) Mira, aquí tenemos un esterilizador. Es eléctrico. Lo enchufas, le pones el agua y...

PEDRO. ¿Cuánta?

RAFA. ¿Qué?

PEDRO. ¿Cuánta agua?

RAFA. No sé...

PEDRO. ¿Cómo que...?

RAFA. Es que esto casi siempre lo hace Sonia.

PEDRO. ¿Y tú no sabes...?

RAFA. No me lo ha dicho, no...

PEDRO. Pues empezamos bien.

RAFA. No pasa nada. Ahora la llamo al móvil y le pregunto. En fin, esterilizamos el biberón...

PEDRO. Y la tetilla.

RAFA. La tetilla no, la teti-na.

PEDRO. Ah, tetina, eso.

RAFA. Aquí está la leche. Tres cucharadas de esto, dos de esta...

PEDRO. Espera que lo voy a apuntar. (Saca una libretita y un boli del bolsillo de la camisa.) ¿Hemos dicho? ¿Dos y dos?

RAFA. No... Tres y dos... Cuatrocientos mililitros de agua caliente...

PEDRO. (Anotando.) Cuatrocientos...

RAFA. Se agita bien bien. Eso es importante, que no se queden grumitos, ¿ves?

PEDRO. (Anotando.) Nada de grumitos.

RAFA. ¿Eso también lo apuntas?

PEDRO. No vaya a ser, que con esta cabeza....

RAFA. Pedro, me estás asustando.

PEDRO. Que lo voy a hacer muy bien, ya lo verás. Bueno, biberón listo. ¿Y cómo se lo doy?

RAFA. Pues la coges así, (Va haciendo lo que dice con la muñeca.) mejor si te sientas porque es cansado, le pones el biberón, en esta posición, con este agujerito mediano para arriba ¿ves?

PEDRO. Agujerito mediano para arriba... Eso no hace falta que lo apunte, no creo que se me olvide... Agujerito mediano para arriba.

RAFA. Cuando lleves un rato, paras para sacarle el aire.

PEDRO. ¡Uy!, eso de sacarle el aire tiene que ser difícil. Todo el mundo habla de lo de sacarle el aire.

RAFA. Es cuestión de paciencia.

PEDRO. Paciencia yo tengo... Camina como viejo y llegarás como joven.

RAFA. La pones aquí, apoyada en tu hombro.

PEDRO. Despacio y buena letra, dice el maestro en la escuela.

RAFA. ¡Pero venga, hombre!

PEDRO. (Coge la muñeca con mucho cuidado, como si fuera un bebé de verdad.) ¿Así?

RAFA. Sí. Y ahora le das unos golpecitos, en la espalda, despacio.

PEDRO. (Lo hace.) Ea, ea, venga, mi niña, venga, (Se va emocionando, ante la mirada sorprendida de Rafa.) un eruptito, venga, que el abuelo te quiere oír, ea, ea, ¿cómo está mi chiquitilla?, le duele la tripita, tienes que echar un aire y ya

verás lo bien que te vas a quedar... (Se interrumpe al ver cómo le está mirando Rafa.) Estaba practicando. Bueno, esto ya está dominado. ¿Y ahora?

RAFA. Le terminas de dar el biberón y vuelves a sacarle el aire.

PEDRO. Con el agujerito mediano para arriba.

RAFA. Eso es.

PEDRO. ¿Y si se me olvida?

RAFA. ¿El qué?

PEDRO. Poner el agujerito mediano para arriba.

RAFA. Pues saldrá más leche o menos de la debida.

PEDRO. Entendido... Vale, la niña ya está bien alimentada. ¿Y ahora?

RAFA. Cambiarle el pañal.

PEDRO. Lección dos: procedimiento para cambiar el pañal.

RAFA. Bien, esta es la parte delantera de un pañal y esta la trasera.

PEDRO. A ver, que lo vea yo bien. Los ositos para adelante.

RAFA. También tiene ositos por atrás.

PEDRO. Vale, entonces los ositos no nos sirven.

RAFA. Mira, esto, lo que pega, tiene que pegar adelante.

PEDRO. ¡Ah!, claro lo que pega para adelante y entonces...

RAFA. ¡Entonces se pone así!

PEDRO. Vale, vale, entendido. ¿Lo hago?

RAFA. Si quieres...

PEDRO. Mejor sí. A ver, se pone aquí, ella encima... No puedo, tiene las piernas muy cerradas.

RAFA. Es una muñeca.

PEDRO. Sí... Tenía que haber practicado con Luisa.

RAFA. Está durmiendo. (Como si acabara de caer en la cuenta, casi gritando.) ¡Y esa sí que es una regla de oro! ¡Cuando un niño duerme, hay que dejarlo dormir!

PEDRO. Eso también pasa con los viejos. Hay que dejarnos dormir.

RAFA. Pues eso. No la despiertes nunca. ¡Nunca, Pedro, no lo olvides! Si la despiertas antes de tiempo, porque quieres sacarla de paseo, o se te ha dormido en el coche y la tienes que subir a casa, o alguien llama por teléfono o tocan a la

puerta lo que sea, ¡estás perdido!

PEDRO. No será para tanto...

RAFA. ¿Tú has escuchado a un bebé llorar durante quince minutos seguidos?

PEDRO. Hombre, Rafa, no te olvides de que yo también he tenido hijos...

RAFA. Pero ya no te acuerdas... ¡Hazme caso! ¡Nada de despertarla!

PEDRO. Vale... Nada de despertarla. ¿Lo apunto?

RAFA. No creo que haga fala.

PEDRO. ¿Y después del pañal?

RAFA. Bueno, nos hemos olvidado de las toallitas limpiadoras...

PEDRO. Toallitas...

RAFA. Y la crema... (Se la da a Pedro.)

PEDRO. (Leyendo.) Mus-te-la. ¿Qué significará?

RAFA. Ni mucho ni poco. Le pones un poquito.

PEDRO. ¿Dónde?

RAFA. Por todo...

PEDRO. Por delante y por detrás.

RAFA. Eso es...

PEDRO. ¿Aunque no haya... hecho... caquita?

RAFA. Aunque no haya hecho. Los bebés tienen una piel muy delicada. No podemos dejar que se le irrite.

PEDRO. Claro que no.

RAFA. Y aquí tenemos la bañera.

PEDRO. Vale. Última fase: baño.

RAFA. Mejor primero la bañas y luego la cambias.

PEDRO. Claro, claro, bien pensado. Una vez limpita ya... Toallita, crema y pañal.

RAFA. Eso es.

PEDRO. Pues hagamos como si no la hubiera cambiado todavía. No la he cambiado. Porque primero la voy a bañar.

RAFA. Eso es.

PEDRO. Esta es la bañera.

RAFA. Eso es.

PEDRO. (Mostrando cada cosa.) Esponja. Gel. Patito.

RAFA. Eso es.

PEDRO. Alguna indicación para el baño.

RAFA. No dejarla que trague agua.

PEDRO. ¡Hombre! Me tomas por tonto o qué. Y, ¿cómo la pongo? (Prueba en varias posturas con la muñeca.) ¿Así? O... ¿Así? Así también podría ser...

RAFA. Como tú quieras.

PEDRO. Mira que es fea, la muñeca digo.

RAFA. ¿Alguna duda?

PEDRO. No, no, todo está claro. Esto es muy sencillo.

RAFA. Pedro, si ocurre, lo que sea, cualquier cosa, nos llamas sin problema, que nosotros...

PEDRO. No os preocupéis por nada. Luisa y su abuelo van a hacer el mejor equipo. (A la muñeca.) ¿A que sí, chiquitina? ¿Quién te va a cuidar a ti mejor que el abuelo, verdad?

RAFA. Aquí tienes más ropa, por si se mancha. Y el pijama.

PEDRO. Y eso, lo de vestirla, es así sin más, vestirla...

RAFA. El cuello por la cabeza, los brazos por las mangas, cerrar botones...

PEDRO. Lo de siempre.

RAFA. Lo de siempre.

PEDRO. Perfecto. ¡Estoy listo! Oye, no le digas a Sonia... Ya sabes, ella cree que yo ya... En fin, que prefiero que ella crea que yo he cuidado más veces de...

RAFA. Queda entre tú y yo. Bueno, tenemos que terminar ya.

PEDRO. Vale.

Van recogiendo las cosas. PEDRO coge el biberón. Lo mira.

PEDRO. Oye, ¿era con el pitorro mediano para arriba, verdad?

Secuencia de imágenes V

(2-3 minutos)

En imagen vemos a PEDRO con un bebé de menos de un año. En sus cuidados hay

una mezcla de alegría y también de torpeza, de no confiar del todo en su propia capacidad para manejar bien al bebé. Le quita el pañal, le limpia, le pone crema... Mientras el actor permanece en escena con la muñeca. Se han ido quitando todos los elementos escénicos y ha entrado una cuna. Cuando termina la secuencia de imágenes, PEDRO deja la muñeca en la cuna.

DE MADRUGADA

(año 1997)

Podemos ver la cuna que se ha quedado en el escenario. Al momento también una cama donde se encuentra CARMEN. De nuevo, están ahí ante el público FOTO CARMEN y FOTO PEDRO.

FOTO PEDRO. El día 16 de febrero de 1997, Carmen sufre una embolia cerebral.

FOTO CARMEN. Después de dos semanas en el hospital, su hija Inés se los lleva a casa, a los dos.

FOTO PEDRO. Deja el trabajo en el supermercado para poder cuidar de su madre.

FOTO CARMEN. Redistribuyen las habitaciones para que quepan todos.

FOTO PEDRO. A Pedro le ponen una cama en la habitación de Mario. Ya no vuelve a dormir con Carmen. Pasa muchas horas aquí, cogiéndole la mano. Pero no sabe cómo cuidarla. No tiene fuerzas tampoco.

La actriz joven se quita el traje de novia y se queda en camisón de dormir. Se escucha el llanto suave de un bebé. CARMEN, en la cama, se despierta.

CARMEN JOVEN. (Acercándose a la cuna.) Shit... ¿Qué pasa, Inés? ¿Qué le pasa a mi chiquitina? Shitt...

CARMEN. ¡Inés! ¡Inés! ¿Estás ahí? ¡Inés!

CARMEN JOVEN. ¿El chupe? Ya está, ya... ¡Claro! Que se había salido el chupe, ¿verdad, mi amor?

CARMEN. Creo que... He tenido una pesadilla... Ya no la recuerdo, pero... ¿Qué hora será?

CARMEN JOVEN. Ya está... Ahora a dormir, tranquila... Mamá está aquí. Shit... (Le

canta en susurros.) "Había una vez/ un barquito chiquitito,/ había una vez/ un barquito chiquitito,/ que no sabía/ que no podía/ que no podía navegar./ Pasaron un dos tres/ cuatro cinco seis semanas./ Pasaron un dos tres/ cuatro cinco seis semanas./ Y aquel barquito,/ aquel barquito,/ aquel barquito navegó."

CARMEN. (Superponiéndose a la canción.) Me pica el pie derecho, en el talón, ¡me pica!... ¡Inés! Ven, Inés... Sí, ya sé que no puedes escucharme... Nadie puede escucharme... Pero todavía pienso, ¿sabes?, aunque no pueda hablar... Si pudiera decirte, Inés, ráscame el pie, un poquito más abajo, ahí, ahí, si pudiera decírtelo.

CARMEN JOVEN. ¿Te has dormido ya?

CARMEN. Nadie se imagina nunca que llegará un día en que no te puedas rascar el pie. Ni hablar. Ni levantarte de la cama.

CARMEN JOVEN. Quieres que te cuente un cuento, ¿verdad? Eso te gusta mucho. Pegar chupetones mientras tu mami te cuenta un cuento... A ver, érase una vez una niña que se llamaba Inés... Inés, sí, como tú. Y era pequeñita y dulce, como tú.

CARMEN. ¿Eh? ¿Qué ha sido eso? ¿Hay alguien...?

CARMEN JOVEN. Inés suele despertarse muchas veces por la noche. Con cualquier ruidito o si se le cae el chupe... Y entonces su madre, que se llama Carmen, como yo, su madre viene corriendo a ver qué le pasa y se queda un rato con ella hasta que se duerme otra vez.

CARMEN. Me había parecido escuchar... ¿Es de día? ¿Es la hora de comer ya? No tengo hambre aún, creo que no...

CARMEN JOVEN. No importa que sean las tres de la mañana ni si está cansada o no, su madre siempre viene. ¿Y sabes por qué? Porque Inés es lo más importante para ella. Más que ninguna otra cosa en el mundo, puedes creerme.

CARMEN. Cuando llegue la hora de comer tú entrarás. Me saludarás, "Hola, mamá, ¿cómo te encuentras hoy?", siempre me saludas aunque no sabes si puedo escucharte...

CARMEN JOVEN. Por eso, la madre la cuida con mucha atención: le da su biberón

cada cuatro horas, le cambia el pañal, le pone crema y antes de lavarla comprueba que el agua está a la temperatura adecuada así, con el codo...

CARMEN. Me incorporarás un poco y me irás metiendo la papilla en la boca, cucharada a cucharada... Tanto si tengo hambre como si no...

CARMEN JOVEN. ¿Sabes?, a la mamá de Inés a veces le da miedo pensar que no está cuidando bien de su hija, le da tanto miedo que se le olvide darle una toma o que el biberón esté demasiado caliente o que la saque a la calle sin abrirla lo suficiente y pille una pulmonía... Tiene pesadillas con eso. Que la niña se cae, que la niña vomita... Y entonces va corriendo hasta la cuna para comprobar que su chiquitina sigue bien. Porque Inés depende de ella totalmente, ¿entiendes?, es su responsabilidad. Y eso hace que la madre se sienta tan útil, tan imprescindible...

CARMEN. ¿Recuerdas aquella canción que te cantaba cuando eras niña?

(Cantando.) "Había una vez/ un barquito chiquitito,/ había una vez/ un barquito chiquitito/ que no podía,/ que no podía"... A veces la canto, así en mi mente, cuando estás en la habitación o cuando quiero que vengas... Imagino que si la pienso con mucha fuerza tal vez puedas escucharme un poquito... (Cantando.) "que no podía navegar./ Pasaron un dos tres/ cuatro cinco seis semanas,/ pasaron un dos tres..."

CARMEN JOVEN tararea la misma canción, sin letra, meciendo la cuna del bebe. Sobre ese tarareo CARMEN sigue hablando.

CARMEN. Ojalá pudieras saber que todavía siento algunas cosas... Por eso me gusta que me hables. Te oigo decir, "Ya, mamá, ya", "¿Estás bien así?", "¿Quieres un poco más?"; me preguntas cosas aunque sabes que no voy a contestarte... Todavía me hablas, porque ves en mí a tu madre. Aunque estés cansada y tan triste a veces, todavía, todavía reconoces en mí a tu madre...

CARMEN JOVEN. Lo más importante es ver cómo vas creciendo. Cada minuto. Cómo te va cambiando la carita y las manos. ¡Es increíble!

CARMEN. Antes de lavarme, sé que mides la temperatura del agua, la mides como hacía yo contigo cuando eras pequeña, con el codo. Ahora eres tú quien me

cambia el pañal y me limpia; y lo haces con cariño, lo sé, lo noto en el roce de la esponja, ¿con cariño o con pena?, y mientras me limpias yo lloro por dentro, lloro por dentro, Inés, sin rabia ya, despacito.

CARMEN JOVEN. Y saber que un día aprenderás a decir “mamá” y “agua” y “papá” y “chupe”, y que te pondrás de pie y empezarás a caminar. ¿Imaginas? Al principio te caerás y llorarás, claro, pero tu madre estará ahí para ayudarte, y te dirá, “No pasa nada, Inés, ya está, ya está”.

CARMEN. Pero conforme vayan pasando los meses, si no me muero, si mi carne se empeña en seguir viviendo, llegará un día en que ya no me reconozcas; sólo verás en mí un cuerpo pesado, inmóvil, que huele a sudor y a meados... Y entonces, cuando llegue ese día, tampoco yo podré pedirte que me sigas queriendo, no podré darte razones...

CARMEN JOVEN. Y pasará el tiempo, un año y otro, y veinte años y treinta y cuarenta y la madre de Inés será una viejecita y seguirán estando juntas.

CARMEN. Para entonces, para cuando empieces a no quererme, espero haber dejado de pensar. Eso espero... Haber dejado de pensar.

Las dos mujeres se miran. La luz va cayendo sobre el escenario.

Secuencia de imágenes VI

(1-2 minutos)

La imagen nos deja ver partes del cuerpo de una o varias personas mayores desnudas y de unas manos enjabonadas que les están lavando: vemos las manos, el cuello, las rodillas, los pechos, la espalda, los ojos, ... lo último que se nos muestra son los pies.

EL PISO

(año 1997)

PEDRO está sentado en una silla, tiene los pies metidos en una palangana de agua caliente. En el suelo, con una toalla, esperando para secárselos se encuentra su hija Inés.

INÉS. Deberías ir al podólogo.

PEDRO. Sí, ya...

INÉS. Eres un bruto... No me extraña que te duelan.

PEDRO. Es el calzado que me he puesto hoy. Con las zapatillas no tengo problema.

Saca los pies e INÉS se los seca.

INÉS. ¿Estaba muy caliente el agua?

PEDRO. Estaba bien.

INÉS coge un cortauñas.

INÉS. ¿Por cuál quieres que empecemos?

PEDRO. ¿Estás segura de que...?

INÉS. Alguna vez habrá que hacerlo.

PEDRO. Pero... No sé si tú... Al principio tu madre estuvo varias veces a punto de cortarme un dedo.

INÉS. Mamá no puede encangarse de esto ahora.

PEDRO. Ya lo sé.

INÉS. Venga, dame un pie. Que no te voy a hacer daño.

PEDRO. Ella... Si se viera así... Era lo que más miedo le daba de llegar a mayor, estar así... Y ahora...

INÉS. No está sufriendo.

PEDRO. ¿Y tú cómo lo sabes? Si pudiera hacer algo... por ella... Pero ni siquiera sirvo para ayudarte a...

INÉS. ¡Por favor, papá, dame el pie de una vez! No podemos estar así toda la tarde. Tengo mucho que hacer...

PEDRO le deja cogerle el pie. Ella empieza a cortarle las uñas. Durante toda la escena irá haciendo esta actividad, primero con un pie y luego con el otro.

INÉS. Tengo una cosa que comentarte.

PEDRO. ¿El qué?

INÉS. Nosotros... Juan, Sonia y yo hemos estado hablando y...

PEDRO. ¿Qué pasa? (Silencio de ella.) ¿Queréis mandarnos a una residencia o qué?

INÉS. No, papá... ¿Cómo se te ocurre? (Pausa.) ¿Tú estás bien aquí, verdad?

PEDRO. Estaría mejor en mi casa.

INÉS. ¡Papá, por favor!

PEDRO. Es verdad... Tú no tienes la culpa... Es que este piso es chico y yo ando como un estorbo de un lado para otro. En mi casa...

INÉS. Papá, tú no puedes vivir solo.

PEDRO. ¿Por qué?

INÉS. Si ni siquiera puedes cortarte las uñas...

PEDRO. Pero...

INÉS. Mira, papá... Nosotros hemos hablado y...

PEDRO. ¿Quiénes?

INÉS. Juan, Sonia y yo... Hemos pensado que... Unos amigos de Sonia quieren comprar un piso en el centro. Y Sonia les habló de...

PEDRO. ¿Queréis vender nuestro piso?

INÉS. Nos han hecho una buena oferta... Ahora sería un buen momento para...

PEDRO. No. Yo quiero tener mi casa libre. Si tu madre se recupera...

INÉS. (Interrumpiéndole.) ¡Mamá no va a recuperarse! ¿Es que no la ves? No va a recuperarse.

PEDRO. Lo médicos a veces se equivocan.

INÉS. No me lo pongas más difícil, papá... Escúchame, ¿vale? ¡Escúchame!

PEDRO. Te escucho, sí, pero ten cuidado que me vas a cortar.

INÉS. Nosotros, necesitamos ese dinero... Bueno, a Juan las cosas le van bien, pero Sonia y Rafa han tenido que pedir un préstamo para la obra... Tu sabes cómo está su piso, necesitan, no sé, hacerle reformas... Y yo... ¿Sabes cuánto cuesta la hipoteca de este piso, con todo lo chico que tú dices que es? Pues se lleva un tercio de lo que gana Pablo... Entre unas cosas y otras, casi no llegamos a fin de mes...

PEDRO. Nunca me ha parecido que tengáis problemas económicos, ninguno de los tres.

INÉS. ¿Y para qué te lo íbamos a decir?

PEDRO. Yo te estoy dando casi toda mi paga...

INÉS. Lo sé, papá, lo sé... No es eso... Es que... No nos llega...

PEDRO. Pues no sé en qué lo gastáis... Tendrías que aprender de tu madre, ella sí que organizaba bien...

INÉS. ¡Papá, por favor!

PEDRO. ¡Es la verdad! Ya le dije yo a Pablo lo que pensaba de que se pusiera a trabajar por su cuenta. Si ahora estáis apurados, no es mi culpa, yo os lo advertí.

INÉS. Papá, no quiero discutir contigo. De verdad. No tengo fuerzas... Lo que quería decirte, de parte de los tres, para que lo pienses, es que es una buena oportunidad... Y no sabemos si después...

PEDRO. Inés, es mi casa. Todavía es mi casa y la de tu madre.

INÉS. Pero vosotros estáis viviendo aquí.

PEDRO. Sólo por un tiempo. Luego me volveré a mi piso, con mamá o sin ella.

INÉS. Te estás quedando ciego... ¡Como un topo! (Pausa.) Tú no puedes vivir solo.

PEDRO. Lo mejor sería que nos muriéramos de una vez, los dos, así podríais disponer libremente de todo.

INÉS. Papá, no digas eso. No me merezco que me digas eso, y tú lo sabes. Estoy haciéndolo lo mejor que puedo, lo mejor que sé... Así que no me digas...

PEDRO. ¡Es mi casa! Yo también tuve que luchar mucho para salir adelante y poder comprarla... Tengo derecho a decidir sobre ella.

INÉS. ¿Es tu última palabra?

PEDRO. Sí.

INÉS. (Ha terminado de cortarle las uñas. Se levanta, nerviosa.) De acuerdo. De acuerdo... Voy a por un cepillo para barrer esto.

PEDRO. Vale.

INÉS. (A punto de salir.) ¡Mañana mismo llamas al podólogo! ¡Mañana! ¿¡Me has oído!?

INÉS sale del marco de la escena. PEDRO se calza. Luego se empieza a poner la ropa que llevaba en la primera escena.

EN EL PARQUE II

(año 1998)

PEDRO, vestido como al principio, sostiene en su regazo el ramo de flores. Sentado en su banco, el mismo que "En el parque I". Mira hacia la imagen, donde vuelve a verse el piso de esa escena anterior.

Por un lateral entra una pareja, que viene hablando. Son MIRIAM y LUIS.

LUIS. Y yo le dije que no, que ya estaba bien, que bastante había hecho yo ya como para que encima...

Pasan junto a PEDRO. MIRIAM lo ve, se detiene, extrañada.

MIRIAM. ¿Pedro? ¿Pedro? Es usted, ¿verdad?

PEDRO. Sí.

LUIS. ¡Pedro! ¿Cómo está usted?

PEDRO. ¿Quién eres?

LUIS. Soy Luis... ¡Luis!

PEDRO. Ah, sí, claro, Luis... Perdona, no te había reconocido.

MIRIAM. Hola, Pedro.

PEDRO. Miriam... ¿Cómo estás?

MIRIAM. Bien...

LUIS. ¿Qué hace usted por aquí?

PEDRO. Pues, bueno, dando una vuelta. Sentía nostalgia del barrio...

MIRIAM. Tiene usted buen aspecto.

LUIS. ¿Y está usted solo?

PEDRO. Bueno, Inés viene ahora. A recogerme...

MIRIAM. (Le alarga la mano, para despedirse.) Pues me alegro mucho de haberle visto.

PEDRO. (Reteniéndole la mano. Con cierta ansiedad.) Miriam, vosotros...

vosotros teníais una llave (Señala con la cabeza hacia el frente, arriba.) de mi casa, ¿verdad?

MIRIAM. No, ya no...

LUIS. Se la devolvimos a Inés.

PEDRO. Claro...

LUIS. ¿Pasa algo?

PEDRO. Nada, sólo que... quería volver a entrar, una vez más... Para ver si... no sé... si se han dejado algo importante.

LUIS. ¿Por qué no se lo dice a Inés?

PEDRO. Sí, eso haré.

MIRIAM. El otro día conocimos a la pareja que...

LUIS. Sí, una pareja joven. Estuve un rato hablando con él. Informático era. Trabaja en una empresa importante. Fíjese, ¡un chaval con carrera y todo en el bloque! Hay que dejarles espacio a las nuevas generaciones, ¿verdad? ¿Y por cuánto vendieron el piso?

PEDRO. Pues no sé... Se encargó Sonia... Yo... No sé...

LUIS. Pues por menos de treinta millones seguro que no. Esta zona se ha revalorizado mucho. Ahora es como si estuviéramos en pleno centro. Quien nos lo iba a decir, que cuando compramos el piso nos costó cuatro duros...

MIRIAM. Hombre, cuatro duros tampoco...

LUIS. Cuatro duros, Miriam, cuatro duros. En comparación con lo que se le puede sacar ahora...

PEDRO. Cuando os mudastéis al bloque, Carmen y yo llevábamos ya cuarenta años en nuestro piso... Cuarenta años... Lo compramos en el cuarenta y cinco, justo antes de...

LUIS. Y van a hacer un centro comercial, ahí mismo, donde estaba antes el colegio. Ya verá cómo va a cambiar el barrio. Yo se lo digo a Miriam, que esta zona va a seguir revalorizándose. Que hicimos una buena inversión cuando nos mudamos aquí, aunque a ella no le gustaba mucho al principio.

MIRIAM. Bueno, Pedro, nos vamos ya, que se nos hace tarde.

LUIS (A PEDRO). ¿Por qué no sube usted un rato a casa?

PEDRO. No, no, no os molestéis...

LUIS. Pero si no es molestia...

PEDRO. Es que... estoy esperando a Inés y...

MIRIAM. Venga, Luis, no insistas.

LUIS (A MIRIAM). ¿Cómo le vamos a dejar aquí a esta hora? Ayúdale a levantarse que nos lo llevamos a casa, faltaría más.

PEDRO. No, gracias, de verdad...

LUIS. Tú cógelo por ese brazo y yo... (Lo hacen, intentan levantarlo.) Con el frío que hace aquí no es bueno que...

PEDRO. (Resistiéndose.) Prefiero...

LUIS. Avisamos a Inés y se queda usted a cenar con nosotros. (Lo alzan casi en volandas.)

PEDRO. No, Luis, no...

LUIS. (Ya lo han levantado. Sin soltarle, tratan de que camine.) Encendemos el brasero y se sienta usted en la mesa camilla.

PEDRO. Ya he dicho que...

LUIS. Nada de excusas, Pedro, ahora verá el pollo al horno que...

PEDRO. (Se suelta con brusquedad.) ¡Dejadme, joder!

LUIS. Pero, ¿qué le pasa?

MIRIAM. (Riéndose.) Pues sí que está fuerte el abuelo.

PEDRO. (Firme.) Nada, que quiero quedarme aquí. ¡Quedarme aquí!

LUIS. (A MIRIAM.) Y tú ¿de qué te ríes?

MIRIAM. Pues de que casi nos tira a los dos.

LUIS. Pero, ¿por qué se enfada? Yo sólo intentaba... Algo le pasa a este hombre... A ver, Pedro, déjeme que le tome la temperatura. (Intenta tocarle la frente, pero PEDRO se aparta.)

MIRIAM. ¡Déjale en paz!

LUIS. Eso, tú como siempre, en tu estilo.

MIRIAM. ¿Qué quieres decir?

LUIS. Pues que parece que todo te da igual. ¿Y si este hombre está enfermo, eh? ¿Y si ha perdido un poco...? (Haciendo el gesto de que la cabeza le falla.) Pues a

ti, plim, lo mismo te da ocho que ochenta, tú a lo tuyo...

MIRIAM. Luis, no empieces.

LUIS. (A PEDRO, buscando su complicidad.) En la casa, igual. Que los niños quieren salir, que salgan; que quieren entrar, que entren. Menuda manera de llevar las cosas. Menos mal que estoy yo para poner un poco de disciplina.

MIRIAM. ¿Disciplina? ¿Disciplina? Lo que pasa es que eres un déspota.

LUIS. Ya está. Ya salió la culta. "Un déspota". "Un déspota".

PEDRO. (Interrumpiéndoles, cuando ya casi se habían olvidado de que estaba ahí.) ¿Sabéis qué día es hoy?

LUIS. (Sorprendido por la pregunta.) ¿Qué día...? Nueve de febrero, ¿no?

PEDRO. Hoy... Es el aniversario del día en que Carmen y yo nos conocimos.

LUIS. (Sin entender.) Ya...

PEDRO. Es la primera vez que paso este día sin ella... después de cincuenta y tres años...

LUIS. Claro, ahora lo entiendo, (A MIRIAM.) ¿ves como había algo más?

PEDRO. (Muy tranquilo, sin agresividad.) Y la verdad es que en un día como hoy lo último que me apetece es tener que escuchar una pelea vuestra. No me malinterpretéis, me caéis bien los dos, no es nada personal, es sólo que ahora no estoy en condiciones de soportaros. Así que, por favor, ¿por qué no os vais a vuestro comedor y discutís allí, en voz baja, si es posible, para no molestar a los vecinos?

MIRIAM y LUIS se quedan callados, durante un momento, incapaces de reaccionar ante las palabras de PEDRO.

LUIS. ¿Tú has oído lo que...?

MIRIAM. Vámonos, anda...

LUIS. Pero, ¿quién se ha creído que es? A mí nadie me dice...

MIRIAM. ¡Déjalo ya, Luis!

LUIS. Pero, ¿tú has oído lo que...? Que porque sea un viejo no tiene derecho a... (A PEDRO, amenazante.) Voy a llamar a Inés, y le voy a contar todo esto, porque... Algo le pasa, no es normal que...

MIRIAM. Venga, Luis, que los niños nos esperan.

Se marchan, LUIS todavía mirando hacia PEDRO, que vuelve a sentarse con sus flores. Una vez solo en escena, se arregla el traje un poco y comienza a tararear la canción que bailaron tras la secuencia de imágenes III.

Un momento después entra CARMEN. Se coloca a a su lado, y le toma la mano a PEDRO.

PEDRO. (Sonriendo, pero sin mirarla.) Ya estaba empezando a pensar que no vendrías. Estas flores son para ti.

CARMEN. Yo no he podido traerte nada...

PEDRO. No importa. (Pausa.) Han vendido nuestro piso.

CARMEN. Ya.

PEDRO. Te echo tanto de menos.

CARMEN. Lo sé... Pero tienes que seguir...

PEDRO. ¿Seguir? Pero... ¿Cómo voy a poder...?

CARMEN. Estás vivo, Pedro, todavía estás vivo...

PEDRO. Pero sin ti, Carmen, sin ti... ¿cómo podré...?

CARMEN. Podrás.

CARMEN le besa en la mejilla, se levanta y sale.

Secuencia de imágenes VII

(30 segundos)

En la proyección volvemos a ver la mirada de PEDRO que alza los ojos hacia el bloque de pisos. Después de mirar hacia allí durante unos segundos, baja la mirada hacia el parque. Hay viento, que se pasea por el suelo, creando remolinos con algunas hojas secas.

FIN

Gracia Morales. Correo electrónico: gracia@remiendoteatro.com

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. 2008

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral

www.celcit.org.ar. e-mail: correo@celcit.org.ar